

LA UNIDAD CATÓLICA,

ORGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS DE LAS BALEARES,

BAJO LA DIRECCION DE

D. JOSÉ MARÍA QUADRADO.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

EN PLENA TEOCRACIA.

Tal es la situación en que nos encontramos, por mas que parezca paradoja ó tal vez ironía. En plena teocracia, sí, es decir bajo la autoridad directa de Dios, bajo su gobierno inmediato. Cuando espanta como una luz ominosa el menor reflejo de emanación divina en la frente del poder; cuando los gobernantes abdican sus derechos procedentes del supremo Rey y que tan altos y rigurosos deberes entrañan, para mendigarlos á la magestad de las turbas ejercida en violento motín ó en bien manejadas votaciones; cuando principalmente por su origen sobrenatural son objeto de alarma y de guerra á muerte las leyes de la Iglesia, y hasta á la conciencia se pretende quitar toda regla impuesta desde arriba; cuando en el orden moral y en el político, en lo esterno y en lo íntimo, no se trata sino de incomunicarnos con el cielo forjándonos unos dioses domésticos como los Penates, hechura de nuestras manos, nacidos en nuestros huertos, ¿será cabalmente cuando Dios como á su escogido pueblo baje á regirnos por su mano? Nada más lógico y comprensible: huyendo de sus leyes ordinarias hemos venido á parar en cierto modo bajo su dictadura; hemos derribado las instituciones, destruido la organizacion, anulado los principios que constituían sus agentes intermedios, y si no nos devora la anarquía es debido solo á su manifiesta intervencion. *Subsistimos*

por milagro se nos escapa confesar á cada momento, y el milagro respecto de la sociedad como respecto de la naturaleza es la dictadura de Dios, la verdadera teocracia.

Y sino ¿qué institucion permanece, qué legalidad impera, qué derecho ofrece en España garantías de consolidacion? La monarquía, única forma de gobierno que de muchos siglos acá han acreditado posible la razon y la esperiencia en las grandes naciones europeas, y que con la nuestra especialmente vivió tan identificada, ha crujido como un eje cuya fractura condena el poder á completa parálisis hasta que sea repuesto. En vano se cree salvarlo con cualquier metal, ó regular su juego con esos aparatos democráticos que romperá ó que lo romperán por segunda vez. La fuerza monárquica no está ni en un trono vacío, ni en un rey improvisado, ni menos en ese fantasma de regencia, sombra de una sombra, ensayo de una soberanía inerte y escondida de que ni en Oriente se ha concebido idea. Los tronos necesitan de dinastías tradicionales ó de un hombre de genio que en la opinion general tenga el prestigio y la autoridad de rey mucho antes de ceñir la corona. Mientras tanto, no hay que hacerse ilusion, el régimen de España no es monárquico por mas que la constitucion así lo consigne; es una cosa sin nombre, ó más bien un nombre sin realidad. ¿Constituimos de hecho una república? estamos bajo la soberanía de una convencion? Tampoco: las cortes actuales carecen de vigor,

de iniciativa, de rumbo fijo, de idea predominante, porque en ningunas se vió tal vez tan heterogénea y mal trabada mayoría. Así es que por no descoyuntarse apenas se atreve á dar un paso; y todo se reduce á treguas, equilibrios y transacciones para salir del día y dar de cualquier modo por acabada la tarea de su trabajosa legislatura. Este vicio de la sangre se ha trasfundido á la constitucion, que á ningun partido satisface de los mismos que la han formado, cuyas infracciones se denuncian diariamente en el mismo sitio donde nació, cuya promulgacion ha podido darse por bien recibida en los pocos puntos donde no la ha acompañado mas que un desdeñoso silencio, cuyo juramento, si es que juramento existe aun entre nosotros, ha tenido que hacer el gobierno cuestion de nómina, así como la resistencia á prestarlo la han hecho unos cuestion de conciencia y otros cuestion de popularidad.

Nos hallamos en tenebrosa noche; lo pasado no alumbra y lo nuevo no amanece. Se ha desarmado el antiguo mecanismo, y el recién fabricado no acierta á funcionar. Nada se respeta, nada se admite por inconcuso, en nada se confía. Se habla á cada momento entre las fracciones mal avenidas de fé y de abnegacion; pero por mas que se las nombre y se las recomiende y aun se les tribute desmedidos elogios como si existieran y obraran, ellas no parecen por ningun lado ni remueven la pesada losa que las cubre. Se han declarado, se han sentado por base del futuro edificio los *derechos ilegislables*; y cada partido los limita, los ensancha, los entiende y los comenta á su modo, y solo en una cosa parecen estar acordes, en la intemperancia de su uso en provecho propio y en las restricciones que conforme turnen en el poder no se recatan de imponer á los adversarios. Se proclama en todos sentidos y tonos la revolucion; pero no aparece esa corriente impetuosa que arrasa, esa llama que derrite y funde, ese empuje convulsivo é irresistible de entusiasta delirio que tiraniza á nombre de la libertad y mantiene comprimida á la nacion hasta amoldarla á nueva forma; aquí sin que nada falte al ata-

que de los mas augustos principios y á la predicacion de las doctrinas mas disolventes, todo en realidad se ha reducido al trasiego de personas, al asalto de los destinos. Ni tampoco, aparte de pasajeros desastres con que amenazan los mas avanzados, se vé otra cosa en lontananza.

Y sin embargo en medio de tantas negaciones hay una fuerza positiva que conserva; hay algo que impide transformarse en hechos á esa desenfrenada bacanal de ideas que de realizarse nos sumirian en el caos. El movimiento de setiembre último se distinguió en los centros mas populosos por una regularidad y disciplina estraña, atendida la gravedad de su carácter y objeto; y sin negarle justos elogios, los imparciales vieron en esto la consigna de los organizados partidos que de tiempo atrás lo habian preparado. Pero de entonces acá las impaciencias é insubordinaciones han tenido ocasion de manifestarse; han estallado allá y acullá con terrible violencia las pasiones aviesas y los perversos instintos; y no obstante se ha cortado el mal y restablecido la calma mucho mas facilmente de lo que se creia, no solo por la enérgica represion militar, sino por cierta general y pacificadora tendencia. Cada dia que ha pasado tranquilo en estos nueve meses de angustiosa interinidad ha parecido un portentoso, fiando el término de nuestras zozobras á soluciones que han ido aplazándose indefinidamente. «Hasta que se constituya un gobierno de orden» decíamos á principios de octubre, y el gobierno se constituyó y adoptó los mas exagerados lemas de las juntas revolucionarias. «Hasta que salgamos de las elecciones» y dieron el resultado que todos hemos visto. «Hasta que se reúnan las cortes» y recibió nuevo pábulo la hoguera. «Hasta que se promulgue la constitucion» y la constitucion ha sido saludada como un papel mas. «Hasta que tengamos rey» y no se sabe quién ni cuándo ni por dónde ha de venir. Todo aquello en que fundábamos nuestras esperanzas de sosiego ya que no de regeneracion, todo se ha cumplido frustrándolas sucesivamente; y sin embargo el orden material continua, no se

disuelve la sociedad: *e pur si muove*. Sin dinastía, sin rey, sin forma de gobierno clasificable, sin arraigo ni prestigio en la ley fundamental, sin sombra de culto á la legitimidad, sin fé en la revolución, sin freno en las ambiciones, sin confianza en los mas solemnes empeños, sin cohesión en los partidos, sin crédito en sus gefes y hasta sin la unidad de creencias religiosas que nos estrechaba, vamos acumulando dias y mas dias de interregno: diríase al contemplar á la España que las instituciones, las leyes, los principios, los vínculos de todo género están de sobra para la vida de las sociedades.

¿En qué consiste este fenómeno? cómo se sostiene el edificio? Es que quitada la clave de la bóveda, todavía con el yeso mantienen las piedras su trabazon. A las ideas sobreviven los hábitos, á los sentimientos los instintos, á la reverencia íntima la sumisión externa; y ese derecho divino hoy tan mal comprendido y tan mofado, esa representación del poder supremo que aun garantiza mas al súbdito que al gobernante, ampara todavía la autoridad de los mismos que lo rechazan, harto mejor que la soberanía nacional de que se titulan mandatarios. Todavía impone algo la entidad moral del gobierno y suple y oculta las desventajas personales de los que lo ejercen; todavía escucha la muchedumbre, cristiana por fortuna, el *obedeced á las potestades* pronunciado por la Iglesia; todavía no carece de vigor el gran código social del Decálogo, ley fundamental de toda verdadera civilización; y la nación huérfana puede exclamar: *todo flaquea, todo me abandona en lo humano, pero el Señor me ha tomado bajo su sombra*.

No ha cerrado por completo la noche; lo dije mal: alúmbranos aun la luz del crepúsculo. Pero si á una generación educada en el conocimiento y en la ley de Dios, por mas que vengan á menos las creencias y se debiliten los sentimientos católicos, le queda siempre á falta de otros elementos de gobierno el ascendiente de la moral religiosa que ha dado en llamarse teocracia, ¿á una generación que se críe en la enseñanza de que Dios es eterna

incógnita ó ideal abstracción sin dogmas, sin altares y sin preceptos, qué podrá quedarle en semejantes cataclismos sino la mas salvaje y bárbara anarquía?

J. M. Q.

¿LA REVOLUCION VENDRÁ? (*)

Las revoluciones, enviadas siempre á los pueblos como castigo de sabidas culpas, toman diferentes formas y pretestos; pero tienen de comun los desastres. Que ellos se aglomeren en un período de meses, ó que se esparzan en tal ó cual número de años, es cuestion de forma; pero en el fondo subsisten siempre los desastres.

Así pues, cuando hablamos de revolución, no pretendemos concretarnos á esta ó aquella forma que tomen las perturbaciones y las desgracias. ¡Oh! no. Puede ser la revolución un 1848 de Francia; puede ser una larga guerra civil, origen fecundo de calamidades de todo género agravadas con la miseria y su compañera inseparable la epidemia; puede ser tambien un período largo de intranquilidad, de desazon, de despotismo al menudeo; un período largo de estancamiento en las fuentes de la riqueza pública, y de ningun respeto á la propiedad ni á la seguridad individual. Si Dios hubiese dispuesto castigarnos con una situación como la presente, continuada por una larga série de años y agravada por los naturales efectos de las mismas causas, ¿no les parece á nuestros lectores que seria terrible y estremecedor el cuadro de las ruinas, de las pérdidas, de los desmanes, de las venganzas, de los desafueros y de las iniquidades que traeria ese castigo, salpicado hoy con escenas locales como las de Cádiz, Jerez y Málaga, sazonado mañana con los ataques á la propiedad y otros hechos de peor género?

No trataremos pues de averiguar si el complemento de la revolución vendrá bajo esta ó aquella forma, y nos será suministrado en estas ó aquellas dosis; lo que importa esclarecer es la verosimilitud ó inverosimilitud de que venga sobre nosotros ese complemento de la revolución.

Existe en España el germen revolucionario de mala ley y de peor catadura, que tambien se co-

(*) Tomamos de la *Revista Católica* reducido en su extensión el siguiente artículo, que suscrito por las iniciales M. A. J. que se notan en el folleto *Ayer, hoy y mañana*, viene á formar la continuación de aquel precioso opúsculo.

noce en otros países; mas esto por sí solo no constituye un dato alarmante. Ese germen se ha desarrollado en los presentes tiempos, y es ya una levadura que fermenta. El que no se haya apercibido de este fenómeno debe de estar ciego.

Para que venga la revolución tenemos pues lo principal, ó sea la levadura en estado de fermentación. A juzgar por este dato, el complemento de la revolución ha de ser seguro é inevitable; tiene todos los elementos necesarios para convertirse en una realidad; tiene algo más, tiene en su favor contingencias que de hoy á mañana pueden apresurar su fermentación.

En el orden natural y obligado de los acontecimientos está la futura muerte del César que reprime en el vecino imperio á la turbulenta demagogía.

En el orden natural y obligado de los acontecimientos está la futura muerte del Sumo Pontífice, que será en Italia la señal de un poderoso esfuerzo demagógico, hoy no disimulado y á duras penas reprimido.

Si estos dos acontecimientos, ó cualquiera de ellos, acontecimientos que han de venir por necesidad, que son previstos y que no están sujetos á cálculos de duración, pudiendo por lo tanto sorprendernos el día menos pensado; si estos dos acontecimientos, ó cualquiera de ellos, repetimos, nos sobrecoge en circunstancias de fermentación revolucionaria como las presentes, ¿qué será de España?

Pero, enfrente de esta seguridad, ¿tenemos la seguridad de la represión que cohiba oportunamente la fermentación de la levadura revolucionaria?

Este es el punto grave de la cuestión, esta es la tesis en que los pareceres discuerdan: esto, que es lo más urgente, lo más indispensable, lo más esencial, es juzgado de diversos modos y es tratado con incuria. ¡Cosa rara! La enfermedad la conocen muchos, la temen muchos; pero del remedio se cuidan pocos.

Este fenómeno raro é inconcebible es para nosotros lo más alarmante: el abandono en que se deja al enfermo nos da mucho más cuidado que la enfermedad. Esta, si no se le aplica remedio, es mortal de necesidad. Véase por ahí lo grave de la incuria en aplicarle remedio.

La Providencia parece habernos negado esa tabla de salvación que á veces proporciona á los pueblos necesitados de un grande hombre, como lo está sin duda nuestra patria.

Y para colmo de desventura, nos falta igualmente otra grandeza que podría suplir la carencia de aquella. Dios nos la había concedido, y nos la

quitó. Balmes era un grande talento, era una eminencia. Ignoramos si como hombre de estado y de gobierno habría sido una notabilidad; pero era una notabilidad en la prensa, y en estos momentos hubiera conseguido sin duda dar cohesión á la opinión pública; hubiera tenido prestigio y fuerza moral bastante para encauzar opiniones divergentes en la forma y análogas en el fondo; hubiera dominado, hubiera atraído á los elementos conservadores y á los hombres imparciales de todos los partidos á un fin común; á un resultado práctico, que propuesto y esplanado por un gran talento, habría sido el común deseo.

Pero perdimos ese gran talento, y la Providencia nos ha negado otro talento que le reemplazase. La efervescencia política ha despertado gran tropel de ambiciones adocenadas que, impelidas por el favor, la osadía y la fortuna, han hecho el papel de grandezas; pero búsquese una grandeza real, una grandeza práctica, un claro talento que arrastre y que convenza, un publicista que tenga el raro don de encauzar y fundir opiniones divergentes, y que ayude á formar una gran masa de opinión pública compacta; búsquese, y no se hallará. Bajo este concepto también la Providencia nos ha otorgado vulgaridades y medianías; pero nos ha negado el don de un grande hombre, de un gran talento.

Considerémonos por un momento y meditemos. Teníamos la unidad religiosa, que servía de punto de unión y daba compactibilidad á los que hoy nos hemos dividido: teníamos monarca que por ley de circunstancias, por fuerza del triunfo ó por hábito y costumbre constituía para todos un límite insalvable en las discusiones y en los acontecimientos políticos, que hoy no reconocen límite alguno bajo este concepto. A estas dos poderosas causas de división de los elementos conservadores se añaden las circunstancias de no tener un gran talento para devolver alguna cohesión á los elementos conservadores hoy dispersos, ni un grande hacendista que levantando los intereses materiales establezca una primera base para acallar desavenencias y apagar disgustos, ni un gran talento militar ó político que imponga la ley á las circunstancias.

Hemos quedado pues abandonados á los recursos propios. Si por nuestra parte no ponemos algo para salvarnos, la levadura revolucionaria será más poderosa que nuestra división, falta por otra parte de una dirección esperta é inteligente.

Dados todos estos precedentes, ¿qué aparece ser más posible, más probable, más verosímil en España? ¿el crecimiento de la levadura revolucionaria,

ó el predominio de una solución conservadora? Para nosotros la respuesta no admite duda. El crecimiento de la levadura revolucionaria, dadas las presentes circunstancias, es lo posible, lo probable, lo verosímil. La solución conservadora, bajo esta ó aquella forma que no entramos ahora á juzgar, es en las presentes circunstancias de España lo inverosímil, lo improbable, lo imposible.

Algo dura podrá parecer la última palabra, y necesitamos explicarla. La solución conservadora no es imposible en el sentido material de falta absoluta de posibilidad; pero es imposible en cuanto la contrarían muchos de los que debieran apoyarla. Por milagro no ha de venir la solución conservadora, porque los hombres no hacen milagros, los hace Dios; y Dios no los hace sin necesidad, y mucho menos en favor de los que no son merecedores de éstos milagros. Dios no ha menester para su gloria ni para nada el predominio de los elementos conservadores sobre los revolucionarios ó demagógicos: este predominio nos interesa á nosotros. Si pues nosotros, que somos los necesitados y hemos de ser los favorecidos, no ayudamos al remedio, ese remedio no vendrá. Por nuestras buenas cualidades no se tomará Dios el trabajo de hacer milagros innecesarios.

Nos ayudará si nosotros ponemos medios y ahinco; pero en otro caso dejará que seamos víctimas de nuestra incuria. Esta es la ley eterna de justicia, y Dios con todo su poder no falta jamás á la justicia.

Véase por dónde colegimos nosotros que el desarrollo de la revolución es lo único verosímil.

Hemos llegado al punto estremo que muchos no creían posible: se ha destruido la unidad religiosa. ¿Y qué ha sucedido? Meditémoslo, que bien merece meditarse.

Habíase dicho en anteriores épocas que el día en que se tocase á la religión, el pueblo español, católico por excelencia, se levantaría como un solo hombre. Nosotros no esperábamos eso: creíamos, y seguimos creyendo, que en su gran mayoría el pueblo español es católico; pero esperamos, y meses antes de la revolución de setiembre anunciamos en otra publicación, con toda claridad y sin ninguna clase de rodeos, que triunfaría en España la libertad de cultos.

Pues bien; vino la revolución de setiembre y dió á entender desde luego y muy por lo claro que venía á destruir la unidad religiosa. ¿Qué hicieron los católicos españoles? Dijeron que aquello no podía durar, que la situación no tenía vida, que los

acontecimientos políticos ni aun permitirían hacer tranquilamente las elecciones de diputados á Cortes. Perdiendo el tiempo en estas conjeturas, vinieron las elecciones; los católicos no se prepararon con tiempo, no se pusieron de acuerdo ni mucho menos; y el resultado fué que de las urnas electorales salió una insignificante minoría de defensores de la unidad religiosa. Dijose entonces que la tarea de las constituyentes era larga, que la historia enseñaba el mucho tiempo que se había pasado siempre en España para discutir un código fundamental, y en testimonio de ello se citaba la constitución *non nata* de 1856; y fiando en las contingencias políticas que en tan largo transcurso de tiempo habían de ocurrir, creyóse que la nueva constitución no había de llegar á término. Y ha llegado, y es ley del estado, y la libertad de cultos es un principio legal.

Y ahora ¿qué se espera? ¡Oh! Esta situación no puede durar; la hacienda pública está amenazando ruina; el comercio muerto, la industria amenazada, la agricultura abatida, y todas las fuentes de la riqueza pública paralizadas, indican que por falta de medios materiales la situación no puede tener larga vida: allá vendrán la cuestión de regencia, la cuestión de partidos, la cuestión de monarca, y esto acabará.

He aquí lo que ahora se dice para vivir de esperanzas y confiar que ha de venir un remedio caído del cielo, como en el desierto les venía del cielo el maná á los hebreos. Y si llegan á resolverse bien ó mal todas esas cuestiones, no faltarán tampoco entonces nuevos pretextos para seguir confiando en mañana.

Y entre tanto la unidad religiosa ha desaparecido; y entre tanto la libertad de cultos es un hecho legal; y entre tanto va ganando arraigo el derecho constitucional y la libertad que tiene cualquiera para atacar públicamente al catolicismo y hacer profanación de sus dogmas; y entre tanto se van acostumbrando la vista y el oído á esas profanaciones que hoy han asombrado á todos, mañana ya no causarán tanta impresion en algunos, y después serán admitidas como moneda corriente por un número crecidísimo.

También nosotros creemos que esta situación carece de condiciones de vida, y que por efecto de la honda división que la caracteriza no podrá durar. Esto lo creemos; pero quiere esto decir que el derumbamiento de lo presente haya de ser el comienzo de una nueva época de paz y prosperidad, en que predominen los elementos conservadores, y venga á

menos la fermentación de la levadura revolucionaria? ¡Oh! no, no quiere decir esto.

A esta situación puede sucederle otra análoga; al caído predominio de un partido puede suceder el predominio de otro partido tan efímero y débil como el presente; puede trocarse la situación en una lucha civil, larga ó breve, pero de todos modos desastrosa; pueden sucederle una serie de disturbios parciales, movidos en un punto por un partido, y por otro ú otros en varios puntos; puede venir el caos, la perturbación hija de una situación débil, en que un gobierno sin fuerza ni prestigio no pueda hacer acatar su voluntad por estos ó aquellos hombres; en estos ó aquellos puntos, si ya no es en grandes extensiones de terreno, como ya aconteció tiempo atrás en Andalucía. ¿Quién sabe cuán diversas cosas pueden suceder cuando lo presente se derrumbe?

Se dirá que si á tal extremo llegásemos el país se reaccionaría, y toda la gente de bien se levantaría como un hombre. ¡Necias esperanzas! ¡fútiles pretextos! En España se puede hacer lo que se quiera; el país sufre y calla. Si alguna vez surgen algunos ambiciosos, no siempre alcanzan fortuna fácil; y cuando la consiguen, es siempre para destruir, nunca para edificar. Mañana habrá algunos ambiciosos afortunados que derrumbarán lo presente, pero no crearán nada sólido. He aquí lo porvenir; he aquí el mañana.

La causa de esta incertidumbre, la causa de este anunciado malestar, la causa de las mayores esperanzas de triunfo que pueden tener los elementos revolucionarios consiste en la inacción, en la incuria, en la división, en el vivir de esperanzas, en el confiar en un desconocido mañana por parte de los elementos conservadores. Mientras nosotros mismos no preparemos ese mañana, ese mañana no vendrá, porque no es justo que venga, no merecemos que venga.

— Día vendrá en que se habrá de proceder á nuevas elecciones de diputados á cortes. ¿Qué sucederá entonces? El partido católico, partido legal, bien claro y definido desde el momento en que se ha hecho legal al partido anticatólico, ¿sacará mayor número de diputados? No queremos saberlo, no queremos averiguarlo; pero si por diputados católicos pasan y son tenidos los que autorizan la libertad y el derecho constitucional de hacer públicas profanaciones de lo mas santo y de lo mas augusto, la mayoría de los diputados que se elijan serán católicos; pero lo serán como lo han sido los que han dejado malparados los intereses católicos.

¿Aspiran á este resultado los católicos españoles? Ellos podrán decir que no, pero su conducta está diciendo que sí. Viven de esperanzas de un mañana sonrosado, fácil y pronto, que no les ha de costar otro trabajo que el de abrir la boca para que el mañana entre por ella; no se organizan, no ayudan á la propaganda, si ya no es que muchos la miren con indiferencia; no estudian ni procuran medios de acortar distancias, zanjar diferencias y aunar voluntades; y de esta suerte, cuando venga mañana ocasión de imponer legalmente al gobierno sea quien fuere, y obligarle á que no afecte á los intereses católicos, ¡oh! cuando esta ocasión venga, los españoles católicos sacarán también una minoría de diputados, porque con tiempo no habrán hecho propaganda, con tiempo no se habrán organizado, con tiempo no se prevendrán para la lucha electoral; y una vez mas se dará el escándalo de que en el país católico por antonomasia, los defensores decididos de los intereses católicos, los que desean ver evitado el escándalo de que pueda hacerse profanación legal de lo mas santo y de lo mas augusto, hagamos el papel de vencidos y tengamos una minoría insuficiente entre los legisladores de la patria. ¡Qué vergüenza! ¡Qué escándalo! ¡Qué humillación de altos principios procurada por muchos que dicen ser sus partidarios!

Y ¿aun les parecerá á ciertos hombres temerario vaticinar si vendrá mañana el desarrollo de la revolución? Nosotros, como hemos dicho antes, no haremos vaticinios sobre la forma que va tomando el crecimiento de la revolución; pero ese crecimiento no solamente es posible, sino que es algo mas, es probable, es verosímil, es justo, es necesario.

— Sí: la palabra podrá ser dura, pero es exacta. Cuando á un hombre dormido le amenaza un peligro, es justo despertarle para dejarle advertido. Los acontecimientos presentes han sido el justo aviso enviado por la Providencia á los católicos españoles dormidos, que no despertaron con otros mas suaves avisos anteriores.

— Si despues de despertado el hombre que duerme junto al peligro, insiste en no evitarlo del mejor modo posible, entonces la realidad y la agravación del peligro no solamente es justa, sino también necesaria.

He aquí por qué comenzamos á sospechar que el triunfo de la revolución en España, el crecimiento de la levadura revolucionaria en fermentación, no solamente es probable y verosímil por la fuerza lógica de los acontecimientos, sino que es justo como remedio providencial, y necesario para que despier-

ten los dormidos, y se precavan los ineautos, y escarmienten los confiados, y trabajen los inactivos, y se enmienden los que creen que Dios ha de enviar fáciles, prontos y seguros remedios á sociedades degeneradas, que si tienen títulos ganados y méritos contraidos, no son de los que obtienen bondades y misericordias, sino rigores y justicia.

Ahora sigan cruzados de brazos y esperando en un risueño porvenir los que se consideren de tantos méritos y virtudes, que sean como los cinco justos con los que se daba Dios por obligado á no destruir las ciudades de Pentápolis. Mas los que no se tengan á sí propios por merecedores de premio por sus virtudes, ya saben lo que les toca. Acogerse á la legalidad vigente, sea cual fuere; trabajar y mas trabajar, cooperar y mas cooperar, en el límite y en las proporciones que cada uno pueda. Los que no hagan esto, una de dos: ó han de tenerse á sí propios por muy santos y muy merecedores de que Dios les envíe un remedio pronto, ó han de ser enemigos del triunfo de los intereses católicos. Elijan.

M. A. J.

LA JUVENTUD CATÓLICA.

Con el mayor placer y á petición de su junta directiva donde contamos mas de un amigo, damos cabida á la siguiente circular de la *Juventud Católica de Madrid á los jóvenes de toda España*. Quiera Dios que tenga eco su llamamiento por el ámbito de la península, pues en la juventud está el porvenir de la nacion. Sabemos que no faltan en Palma quienes se aprestan á secundarlo, y que dentro de la misma Asociacion de Católicos hay elementos bastantes para plantear aquí una institucion tan análoga en su objeto y en su espíritu á la nuestra que podria considerarse como una seccion de la misma. Dada esta union siempre y mas que nunca necesaria entre los defensores del catolicismo que es uno por esencia, cabria mayor desarrollo en las enseñanzas de nuestra sociedad, recorriendo toda la gradacion intelectual desde escuela de primeras letras hasta liceo literario y artístico, donde hallasen cultivo y direccion los nacientes talentos y honroso y útil ejercicio los ya formados. Pero oigamos la autorizada voz de la brillante cuanto piadosa juventud madrileña.

Los graves sucesos políticos acaecidos en setiembre último á nuestra amada patria, produjeron una de las perturbaciones mas radicales y violentas que registra su historia, y dieron ocasion al extraño fenómeno de subvertir todas

las ideas; de cambiar todos los hechos; de modificar todas las instituciones. En la esfera religiosa, á que únicamente podemos y debemos atender, este fenómeno ha excedido los límites de la mayor ponderacion; y en un pais eminentemente católico, que ha vivido por muchos siglos la vida del catolicismo, en que este era la conciencia política y el instinto social del pueblo, hemos visto acontecimientos antes no imaginables, que hacian temer por la total pérdida del sentimiento religioso.

Pero pasado el angustioso momento de la crisis y vuelto á su natural asiento el ánimo asombrado, la idea del deber brotó vigorosa en el pecho de los que aun tenemos á gloria el profesar la fé de nuestros mayores; y pesada la gravedad de los hechos y calculados los progresos del mal que cundia lastimosamente, convinimos los católicos en la necesidad imperiosa é ineludible de atajar aquel mal que amagaba alcanzar un señorío de que antes se hallaba tan distante.

Hé aquí la idea generadora de la Academia, cuya voz tenemos la honra de llevar en este momento.

Presentes están aun las circunstancias en que nació la *Juventud Católica*; no pueden borrar en luengos años, acaso nunca, de la memoria de nosotros á quienes tanto affigieron. Era entonces cuando las pasiones á que diera suelta una revolucion trascendental, no contenidas dentro de medida alguna, ocasionaban los mas deplorables excesos, y tanto mas se estraviaban cuanto mas opuestas eran las banderas á que se acogian. Su primer empeño, su constante pesadilla fué muy luego romper el carácter mas relevante de la nacionalidad española; la unidad católica fué el blanco obligado de las iras revolucionarias; clamóse en contra de ella en todos los tonos, y lo mismo por medio de artículo liviano de liviano periódico, que por asquerosa y nocturna manifestacion, llegóse á dar como doctrina corriente que la ciencia y las letras, la juventud ilustrada, hasta el bien del catolicismo, la exigian y reclamaban.

Nosotros, que perteneciamos á las últimas filas de la juventud estudiosa, que amabámos el catolicismo y nos dedicabamos á las ciencias y á las letras, quisimos protestar contra tamaños mentidos asertos, y escojimos como el mejor medio la fundacion de esta Academia, donde la juventud católica sirviéndose de la ciencia humana proclamara y defendiera la unidad religiosa como conveniente, como utilísima, como necesaria para la religion y para la patria. De modo que la conservacion de la unidad católica ha sido objeto el mas elevado para la ciencia, altísima mision para la Academia.

No era este sin embargo el fin único de nuestros propósitos, sino un medio práctico de defensa del catolicismo atacado rudamente en la tribuna y en la prensa por el racionalismo, por la indiferencia y por las sectas protestantes. En cuanto nos fué posible, y dentro de la organizacion dada á la Academia, hemos abrazado en conjunto aquellos ramos del saber humano cuya historia y cuyos principios constituyen la apologia eterna del catolicismo, y en públicas cátedras hemos explicado los «deberes y derechos del ciudadano»; la «historia de España»; «la tolerancia religiosa y los mozárabes de Córdoba»; la «historia del pueblo hebreo»; los «principios fundamentales de las ciencias físicas y naturales»; «el Génesis ante la ciencia geológica»; las «diferencias entre la libertad y el liberalismo» y los «orígenes de la pintura y escultura cristianas»; pública y ampliamente he

mos discutido también las «instituciones sociales y políticas que convienen para la reorganización de España» y la «idea del estado y sus atribuciones;» y para recrear el ánimo fatigado en estas tareas hemos cantado las excelencias de la fe cristiana, los tiernos afectos del corazón y los eternos principios de la moral, en sesiones literarias semanales.

El afán de propaganda nos animaba y enardecía, y el pueblo de Madrid ha correspondido á este afán acudiendo constantemente á nuestro lado y dando el espectáculo consolador de que hombres de todas condiciones, desde el elevado magnate hasta el humilde artesano, desde el laureado académico hasta el modesto escolar, vinieran á saludar entusiastas la bandera de la verdad que manteníamos enhiesta en nuestras débiles manos, que cobraban fuerzas y vigor con semejantes hechos y la levantaban mas en pro del sentimiento popular herido.

Pero aun ha habido mas, por ventura de la *Juventud católica*.

La voz lanzada por nosotros en defensa de la religion nacional resonó en toda España; y muy luego Granada sepulcro ilustre de Isabel la Católica, y Salamanca sombra venerable de nuestras glorias intelectuales, respondieron á nuestro llamamiento; y fueron seguidas de Sevilla, Almería, Santiago, Leon y otras ciudades mas, alcanzando la importancia de una verdadera institución para una idea que habia nacido modestamente y sin presunciones de éxito tan incomparable. Entonces ya, acordándonos de los malos augurios con que se amargaba algun tanto nuestras presuntas alegrías, volvíamos los ojos al cielo que derramaba sus bendiciones sobre la *Juventud católica*, y reconocíamos la escasa valía de los humanos cálculos ante el poder de Aquel que exalta á los humildes y que se vale de los pequeños para el logro de las mas altas empresas. Entonces también vimos amortiguado el miedo y contenida la apostasía, que eran los grandes males nacidos á la raíz de la revolución de setiembre, á cuyo peso se doblegaron no pocas frentes: y en este punto sí que nos felicitamos sin reserva y con orgullo de la fundación de la Academia.

Bien que no hay momento ni hecho con ella relacionado que no sea motivo estimable de gratísimo recuerdo y de sincera satisfacción; que á mas de todo esto, han procurado hasta excederse en favorecer nuestro pensamiento, nos han dado frecuentes pruebas de adhesión y cariño, y han rivalizado en tarea tan honrosa para la Academia, ilustres prelados, periódicos nacionales y extranjeros, escritores católicos, pueblo creyente y entusiasta, en una palabra, todos los que han alcanzado la importancia de nuestro empeño y la trascendencia de sus resultados.

Y como la principal de tantas justísimas alegrías consideramos el testimonio que nuestro amadísimo padre, el venerable Pío IX, se ha dignado concedernos con una carta llena de amor paternal, en que contesta al mensaje que le dirigimos depositando á sus pies nuestros proyectos y pidiéndole su protección, y en que premia nuestros afanes y nuestros desvelos bendiciéndonos y animándonos con su acostumbrada bondad. La *Juventud católica* de Madrid debe estimar y estima de hecho esta carta como sancion de sus fines y aprobacion de sus medios. Ella sabe que ha llenado sus deberes y que puede continuar confiadamente por el camino emprendido.

En efecto, si necesitáramos exponer aquí lo que en ade-

lante hemos de ser, nos bastaría decir lo que hemos sido; esto es, defensores del catolicismo, según promesa jurada en un día memorable; defensores de la unidad religiosa, como principio salvador para nuestra patria; y ambas defensas, que no se oponen á las leyes, las llevaremos á cabo según podamos por medio de la ciencia y de las letras, sin tregua á la inteligencia ni descanso á la actividad, ganosos siempre de alcanzar el anhelado triunfo. Y en esta árdua y difícilísima empresa continuaremos inspirándonos en el universal espíritu del catolicismo, sin distinciones perniciosas entre pobres y ricos, altos y bajos, doctos é ignorantes, sin admitir diferencias políticas, antes al contrario mostrando amor y tolerancia hacia las opiniones y los hombres; aun los mas radicales adversarios, estrechando con el mismo abrazo de caridad y fraternidad á todas las creencias políticas, siempre que no se opongan, siempre que se armonicen con aquellos indiscutibles principios.

Lo levantado del propósito fatiga las mas lisongeras esperanzas y deja muy atrás lo escaso de nuestras fuerzas; pero la *Juventud católica* de Madrid no cuenta con las suyas propias, que serian harto insuficientes: confia en el apoyo de la juventud de las provincias, muy especialmente en el de las Academias ya establecidas que tan bien han alcanzado comprender y desarrollar nuestro pensamiento; espera mucho también del episcopado y del clero español; solicita el auxilio de los verdaderos católicos; y con tales elementos por auxiliares y trabajando principalmente para el pueblo que es el mas necesitado de sólida y cristiana instrucción, no puede dudar del éxito. Ofenderia á Dios si dudara; adora á Dios al confiar en su manifiesta protección.

Podríamos terminar aquí este manifiesto si no fuera preciso insistir de nuevo con infatigable constancia en la idea principal que encierra. La *Juventud católica* necesita cundir con obstáculos y sin ellos; necesita desarrollarse en toda España, por eso nos dirigimos á los jóvenes de toda España; debe hallar eco en las capitales y en las aldeas; debe encontrar apoyo en los poderosos y en los humildes; debe en una palabra establecerse en todas las poblaciones grandes ó pequeñas donde haya jóvenes católicos; debe obedecer al mismo espíritu, organizarse bajo idénticas bases, admitiendo solo las modificaciones que la impongan las circunstancias locales para que llegue á ser lo que es preciso que sea, lo que deseamos y esperamos todos, una asociación vastísima, una verdadera institución nacional fecunda en grandes resultados.

Madrid 1° de julio de 1869.—Por la Academia, la junta directiva.—Juan Catalina García, presidente.—El marques de Monesterio, vicepresidente.—El conde de Villalobos, vicepresidente.—Francisco Martín Melgar, tesorero.—José de Cútolí y Peñalva, Francisco Sánchez de Castro, vocales.—Gabino Martorell, secretario.

Además de los puntos expresados en el anterior manifiesto, se ha establecido el círculo de la *Juventud Católica* en Zaragoza donde con el título de *El Pilar* publica una revista, y en el Ferrol dando á luz un periódico que lleva el nombre de la sociedad. La de Leon ha tomado á su cargo la publicación de la *Voz del patriotismo*. Hasta en Ibrós pequeña villa de la provincia de Jaen se ha fundado esta asociación, limitándose como exige la localidad á propagar la doctrina cristiana y la instrucción primaria entre los adultos.